

LA RECONCEPTUALIZACIÓN QUE TERMINÓ DE GOLPE: TRABAJO SOCIAL, DERECHOS HUMANOS Y LUCHAS SOCIALES EN TIEMPOS NEOLIBERALES

Luis Vivero Arriagada¹³

RESUMEN

En este sencillo manuscrito, se busca articular una reflexión y análisis socio-histórico de lo que fue el proceso de reconceptualización del Trabajo Social y sus propuestas de rupturas epistemológicas, teóricas y políticas en el campo disciplinario. A partir de esto, situar y problematizar el término dramático que experimentó dicho proceso, como consecuencia del golpe de Estado de 1973, y la posterior dictadura cívico militar. En este sentido, el análisis es un ejercicio de memoria histórica, a la luz de la conmemoración de los 50 años del golpe de Estado, sus implicancias y secuelas en el Trabajo Social, no solo en términos del estancamiento intelectual respecto de los avances logrados hasta y con el proceso de reconceptualización, sino con las profundas heridas en las vidas de miles de chilenas y chilenos, y en particular de trabajadoras y trabajadores sociales, que fueron víctimas de la represión y violación de sus derechos fundamentales.

Palabras clave: reconceptualización, proyecto ético-político, Trabajo Social.

Introducción

Es así que este trabajo, se ordenará en tres momentos, que se articulan de manera dialéctica, que nos permita comprender y problematizar el actual momento histórico. El primer momento tiene que ver con el proceso de reconceptualización, entendido no solo como un hecho particular a la disciplina, sino como este es una expresión

13 Trabajador Social, Doctor en Procesos Sociales y Políticos en América latina. Académico Departamento Trabajo Social Universidad Católica de Temuco. Integrante de la Red Iberoamericana de Investigación en Trabajo Social, forma parte de GT Educación popular y pedagogías críticas, CLACSO.

material y subjetiva del devenir histórico en el cual se desarrolla. Un segundo largo momento, tiene que ver con la dictadura cívico militar, la violación de los derechos humanos, la imposición del neoliberalismo como modelo societal y sus implicancias para el campo disciplinario, como parte de una totalidad histórica. Y en un tercer momento, como una síntesis de los dos momentos anteriores, se analiza las consecuencias de la imposición del neoliberalismo como proyecto histórico totalitario, y los desafíos disciplinarios en el contexto actual.

En este sentido, cabe mencionar que el presente es un momento histórico caracterizado por la crisis de la hegemonía del modelo de sociedad neoliberal, lo cual ha sido visibilizada principalmente por la emergencia de nuevos movimientos y luchas sociales, pero que no logran materializarse en la conformación de un nuevo bloque histórico que pueda disputar dicha hegemonía.

En consecuencia, en este tercer momento, buscamos hacer una síntesis de los hechos históricos que han determinado los marcos ideológicos, teóricos y políticos que nutren y fundamentan los discursos en el campo del Trabajo Social. Esto se expresa de manera dialéctica, en los procesos de formación y su ejercicio profesional/instrumental en los diversos espacios institucionales que operacionalizan las políticas sociales, entendiendo que el Trabajo Social es una profesión inserta en las dinámicas de producción y reproducción de las relaciones sociales capitalistas, y tanto su génesis como su funcionalidad no se puede entender por fuera de las condiciones históricas que la determinan.

El proceso de reconceptualización como proyecto ético político

Para muchas y muchos, hablar de la reconceptualización puede resultar anacrónico, o simplemente un hecho histórico que se recuerda como uno de los distintos momentos por los que ha transitado la disciplina, en estos casi cien años de trayectoria en nuestra América. Puede incluso ser visto en un sentido negativo, por la politización que implicó este movimiento. Lo cierto es que los años sesenta fue un periodo en que las utopías de una sociedad más justa, igualitaria y con justicia social, parecían estar a punto de lograrse. En donde nuestras economías capitalistas, periféricas y dependientes de los países desarrollados, apostaban por la emancipación política y económica, lo que en Chile se expresó en la *revolución en libertad* y el *socialismo a la chilena con empanadas y vino tinto*.

Por lo tanto, la reconceptualización no puede entenderse sin una mirada, un análisis y comprensión del contexto histórico, más allá de las fronteras de Chile. En el campo político, económico e intelectual, sin duda había dos proyectos antagónicos, que se disputaban la hegemonía. Pero desde nuestra América, sin desconocer la influencia de este conflicto enmarcado en lo que se llamó la *Guerra Fría*, hubo una producción inte-

lectual, una experiencia organizativa de los sectores populares, indígenas y campesina y una praxis política, como tal vez nunca se había dado, y hasta ahora no se ha vuelto a tener. Y en virtud de esto, se levantan relatos y proyectos de carácter endógeno, en aras de la construcción de una nueva sociedad.

Eran los años sesenta, y a pesar que en el campo del Trabajo Social no se hablaba explícitamente de un proyecto ético político, pero, sin embargo, se estaban levantando nuevas propuestas de formación (Aguayo y Salas, 2018). Los fundamentos de lo anterior, se sustentaban principalmente en una ruptura epistémica y política con las corrientes conservadoras de ese periodo (Alayón, 2016; Vidal *et al.*, 2022). Los diferentes proyectos en disputa y relatos que se instalan al interior de este movimiento, constituyen una propuesta nueva, y rupturista respecto de lo que se venía desarrollando en la profesión, en términos de sus fundamentos teóricos, metodológicos y políticos.

Lo que se vive al interior del movimiento de reconceptualización es una expresión de los grandes debates que se instalan a nivel latinoamericano, y su crítica a las condiciones de dependencia de las economías subdesarrolladas y periféricas (Faletto, 2009; Marini, 1991). Las discusiones sobre la formación, la praxis disciplinaria, el compromiso político con las luchas lideradas por los sectores populares y campesinos, tenían como bases estas y otras discusiones. De ahí entonces, que la síntesis a esta contradicción de oprimidos y opresores, debían materializarse en otro tipo de Trabajo Social, que superara las propuestas conservadoras, ya sea en su vertiente laica o religiosa.

En ese contexto, las aspiraciones de las clases populares, asalariadas y el campesinado por tener mejores condiciones de trabajo y derechos sociales, se acompañó de una lucha social organizada, en donde los partidos de izquierda tuvieron un rol importante. Por su parte, en el campo del Trabajo Social, esto tiene sus manifestaciones de manera más orgánica en los debates y propuestas en el seno del movimiento de reconceptualización. En términos concretos se tradujo en una mayor inserción en los sectores populares y campesinos, por medio de las prácticas profesionales formativas. Asimismo, una participación activa en los partidos políticos de izquierda principalmente y reformistas de centro, como el caso de la Democracia Cristiana (Aguayo y Salas, 2018) como un claro ejemplo al rechazo a la noción de neutralidad profesional que se promovían desde las corrientes conservadoras.

Sin duda en aquellos años, había una mística y un compromiso político de las estudiantes, de académicas y profesionales, que iban en sintonía con las utopías, y sueños por construir una sociedad más justa, más igualitaria. Eso lo encarnó incluso el proyecto reformista del gobierno de Eduardo Frei Montalva, con la Revolución en libertad lo cual se materializó en la promoción social, el fortalecimiento de la participación social, con la ley de juntas de vecinos en el año 1968, y algo impensado años antes, como la sindicalización campesina, o la chilenización del cobre.

Tal como sostiene Gramsci (2008), «no se puede separar la filosofía de la política; al contrario, se puede demostrar que la elección y la crítica de una concepción de mundo

constituyen también un hecho político.» (p. 4) Y en ese sentido, la reconceptualización fue un proceso en donde la ruptura epistemológica, la ruptura con la concepción de un tipo de Trabajo Social que se había instalado sin mayores cuestionamientos, implicaba una profunda discusión de carácter filosófica, y por lo tanto política, pues, revelaba con ello, las profundas desigualdades estructurales, en el seno de la sociedad capitalista y periférica, como lo era la sociedad latinoamericana en su conjunto. La reconceptualización, como proceso político intelectual –heterodoxo– fue, por lo tanto, un explícito desafío también a las élites dominantes, y a la propia élite conservadora que lideraba en gran medida los campos formativos y espacios de actuación profesional (algo que hoy se repite, tal vez de manera más profunda).

El movimiento de reconceptualización fue además un proceso de carácter político-pedagógico, que implicaba ir no solo formando en base a un nuevo paradigma, sino que ello, se traducía en una confrontación intelectual y práctico, con los proyectos disciplinarios, que daban cuenta de una cierta hegemonía en torno a lo que se enseñaba y luego se ponía en movimiento en los espacios de actuación profesional. Por lo tanto, la reconceptualización puede ser entendida como un proyecto contrahegemónico, entendiendo que, «toda relación de ‘hegemonía’ es necesariamente una relación pedagógica y se verifica no solo dentro de una nación, entre las diversas fuerzas que la componen, sino en todo el campo internacional y mundial, entre complejos de civilización nacionales y continentales.» (Gramsci, 2008, p. 37)

Las y los estudiantes fueron protagonistas de esos cambios, lideraron propuestas de reformas, incluso al interior de sus propias escuelas. Y para ello, incluso generaron procesos colectivos de autoformación (teórica y por cierto, su vinculación con el campo político), para debatir y rebatir aquellas tesis conservadoras que dominaban los ámbitos de la formación. Un relato, que aparece en el libro de Aguayo, Cornejo y López (2018), grafica muy claramente esto:

En servicio social fui presidente del Centro de Alumnos de la carrera. En ese periodo impulsamos una reforma de la Escuela que buscaba romper con el enfoque de caridad y asistencia predominante en la Escuela. Impulsamos un pensamiento crítico y buscamos que la malla curricular de la formación expresara eso. (p. 162)

Pero esta disputa por la hegemonía, no era una cuestión que solo se estaba en el campo disciplinario, o en el mundo intelectual. Esto era apenas, una expresión de las luchas que se daban en el orden político, económico y cultural, en donde los intereses de las élites se estaban viendo seriamente afectados. En términos más amplios, la hegemonía imperialista norteamericana, los intereses del gran capital, se estaban viendo debilitadas por lo que representaba en nuestro país –y para el continente– el proyecto socialista de la Unidad Popular.

La dictadura cívico militar: el neoliberalismo a sangre y fuego

En los primeros lustros de la década del noventa, Paulo Freire (2015) con una inmensa lucidez y profunda convicción de la necesidad de nunca dejar de soñar y construir una mejor sociedad, nos advertía lo que estaba generando el neoliberalismo. En un momento en que esa maquinaria infernal, recién estaba en un proceso de rodaje. Decía al respecto el pensador brasileño: «Recientemente las fuerzas reaccionarias proclamaron con éxito la desaparición de las ideologías y el surgimiento de una nueva historia desprovista de clases sociales y, por lo tanto, sin intereses antagónicos de clases.» (Freire, 2015, p. 43)

Una ideología, en que los sueños colectivos parecen quedar simplemente como algo del pasado, de otro momento en que el bien de todos era un elemento sustancial para el bien individual. Hoy los sueños son simplemente intereses individuales. Para llegar a esto, nuestro país tuvo que vivir un largo periodo de terror. Parafraseando a Moulian (2002) el Chile actual no puede entenderse sino a partir de lo que fue el régimen del terror impuesto por la dictadura cívico militar entre los años 1973 y 1990. La violación a los derechos humanos es una de las caras más tristes y dramáticas de aquel periodo. Pero al mismo tiempo que se perseguía a los disidentes del régimen de facto, también se iba imponiendo una nueva visión de mundo, un nuevo sentido común arraigado profundamente en los principios de la ideología neoliberal.

En los inicios de la dictadura, las detenciones, torturas, muertes y desapariciones se hicieron de manera poco selectiva, pero siempre teniendo como referente a cualquiera que se le pudiese relacionar con ideas de izquierda. Entre estos, por cierto, profesionales y estudiantes de Trabajo Social, fueron víctimas de la sanguinaria represión desplegada por los organismos creados para tales funciones, como lo fue el caso de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), que fue reemplazada en 1997 por la Central Nacional de Informaciones (CNI). En ese contexto, «la represión militar abarcaba casi todos los ámbitos y espacios de la vida social por lo que las iglesias se convirtieron en el único lugar al cual podían acudir los perseguidos.» (Del Villar, 2018, p. 66).

El golpe de Estado y la instalación de la dictadura cívico militar significó un cambio radical en la vida familiar y profesional de un importante número de asistentes sociales, que sin duda supera los casos que aparecen registrados en los diferentes informes de derechos humanos. Especialmente para quienes tuvieron un compromiso activo con lo que fue el proceso de reconceptualización, y consecuente con ello, se vincularon activamente con los sectores populares y campesinos, como también en los movimientos y partidos afines a la Unidad Popular. No era solo la expulsión de las universidades, no era solo perder el trabajo lo que ocurrió, lo que le deparaba a estudiantes y profesionales. Era la vida lo que se jugaba día a día durante esos 17 años de terror. Pero a pesar de ello, un importante grupo (no el Trabajo Social en términos orgánicos), desafiaron la muerte, y se entregaron de lleno a apoyar, orientar y organizar

a quienes buscaban día a día, incansable y valientemente a sus familiares que habían sido detenidos por los organismos del terror.

El trabajo y la valentía a toda prueba de ese grupo de estudiantes y profesionales se tradujo en procesos colectivos que dieron origen a diferentes organizaciones, como CODEPU (Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo), el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad (impulsada por Cardenal Raúl Silva Henríquez), la Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos, entre otras (Aguayo y Salas, 2018; Del Villar, 2018). Paralelo a esto, no es menos importante reconocer y valorar el esfuerzo intelectual, político y práctico de quienes desafiando a la muerte contribuyeron a mantener vigente los debates y aportes de lo que fue el movimiento de reconceptualización, con sus respectivas tensiones y rupturas en términos teórico-práctico (Giorino, 2020). Nos referimos al denominado Trabajo Social alternativo, que congregó un valioso grupo de profesionales y académicas/os, en un acto valiente, y de gran aporte intelectual, que a pesar de haber sido marginal en el campo disciplinario (por razones obvias).

En ambos casos, lo que hay detrás, es un acto de consecuencia con los principios éticos y políticos que ha abrazado el Trabajo Social, y que fue la columna vertebral de los años, el compromiso ético político, fue sin duda, desafiar a la muerte y optar por la vida. Todo ello constituye un ejemplo invaluable para las nuevas generaciones, un faro que ilumina la formación profesional, en una sociedad que vive en la penumbra provocada por el eclipsamiento neoliberal. El individualismo e indiferencia, se han impuesto como la mejor forma de alcanzar la tierra prometida que ofrece el neoliberalismo, y las clases oprimidas han caído presas de estas fantasías. Han dejado hasta de reconocerse como *clase trabajadora*, invisibilizando los intereses contradictorios, que determina la relación capital/trabajo. Hoy quieren ser emprendedoras/os.

Por ello que esas experiencias de luchas y sueños colectivos, en *los años de vino y rosas* como dice la canción de Ismael Serrano, nos mantienen viva la esperanza de retomar la senda de un proyecto ético político del Trabajo Social que asuma desde la formación, su compromiso con las clases oprimidas. Un sueño, una utopía, que no murió, que no fue derrotada, con la dictadura, y que sobrevive ante los avatares de los relatos que decretaron el fin de la historia.

Pero vale decir también que no solo el anticomunismo será una de las retóricas más usadas en dictadura, especialmente por quienes encabezaban la junta militar. También había que satanizar al Estado, para poder justificar el traspaso de las distintas empresas públicas a manos de privados. Para ello se llevó a cabo, un proceso de desindustrialización y desmantelamiento de las empresas públicas, muchas de las cuales forzosamente fueron llevadas a la quiebra, y traspasadas a manos de privados, muchos de los cuales hoy son los multimillonarios de este país.

Así entonces, por un lado, se iba imponiendo una nueva visión de mundo, un nuevo relato de la sociedad chilena, y, por otro lado, se fueron consolidando las bases estruc-

turales, que permitieron sostener el proyecto ideológico. La ecuación estaba lista: condiciones materiales y una nueva subjetividad, que permita consolidar la hegemonía del proyecto ideológico del bloque histórico dominante.

El Trabajo Social en la sociedad neoliberal y los desafíos de la praxis

En los primeros lustros de la década del noventa se preguntaba Freire (2015): «Cómo podemos aceptar esos discursos neoliberales que se pregonan verdaderos y mantener vivos nuestros sueños?». Y en su respuesta señala algo con lo cual no puedo estar más de acuerdo, y mucho más hoy, en que el individualismo y competitividad neoliberal ha permeabilizado hasta los actos más básicos del mundo de la vida. No solo me resulta imposible vivir sin sueños, sin utopías, pero para ellos, lo que sostiene el intelectual brasileño es la tarea político-intelectual, de «despertar la conciencia política de los educadores», y agregaría, como algo extremadamente necesario, de las/os educandos.

En torno a lo anterior, nos preguntamos cuál es el sentido político del Trabajo Social en la sociedad neoliberal. Pero un sentido político, que requiere fundamentalmente tener una lectura teórica de la realidad. Es decir, y en coherencia con la filosofía de la praxis, que contribuya a la superación del sentido común. Y hoy el sentido común, no es otra cosa que la reproducción de la moral neoliberal. Y lo más preocupante, que esa ideología, esa moral, se ha transformado en sentido común, y por lo tanto, opera en el inconsciente sin ser cuestionado, porque ya es parte de las prácticas habituales de la vida cotidiana.

No hay duda que el momento histórico actual se caracteriza por una profunda crisis de legitimidad del modelo de sociedad neoliberal que se impuso en dictadura y se profundiza en los gobiernos post dictadura. Al respecto, señala Garretón (2016) que se trata de una crisis de confianza, de credibilidad en las elites dirigentes, tanto política como económica. Y agrega que, «lo cierto es que, más allá de la crisis de un actor o un grupo de actores elitarios, asistimos a la crisis de la relación entre elites, instituciones y sociedad, la crisis de sistema.» (p. 12) Una legitimidad puramente instrumental, la indiferencia o la inacción de las clases subalternas, puede llevar a que el sistema como tal siga funcionando –en virtud de los intereses de las élites– en una crisis permanente, que estalla cada cierto tiempo, como fue el caso de octubre de 2019 (Garretón, 2016; Vivero, 2022). Sin embargo, esto no se ha traducido en un cambio en la conciencia y la práctica cotidiana de los sujetos neoliberales.

El Trabajo Social debe superar esa subjetividad inferiorizada respecto de otras ciencias sociales. Implica asumir y demostrar su estatus de ciencia social. Esto significa incluso, saldar cuentas con referentes importantes del Trabajo Social latinoamericano, que insisten en que a lo más somos *cientistas sociales*, pero que la profesión no tiene un objeto de conocimiento *propio*. Es decir, pareciera que la sociedad, sus complejas di-

mensiones, de relaciones sociales y de producción, los espacios de luchas y los sujetos históricos, las exclusiones, injusticias y desigualdades, son *objetos de propiedad*, y en ese mercado –o reparto– no alcanzamos a tener los *recursos necesarios* para merecer un pedazo de esa realidad.

El Trabajo Social lo cultivan sujetos y sujetas con un nivel cognitivo suficiente para interpretar, explicar y problematizar la realidad, con sus contradicciones, las luchas históricas de las clases sociales, las rupturas, y continuidades de proyectos históricos de desarrollo, en términos políticos, económicos y culturales. Pero no tan solo eso, además, el Trabajo Social tiene la particularidad –que no todas las ciencias sociales la cumplen– de estar cotidianamente interactuando con las clases oprimidas y excluidas.

En ese espacio, es donde resulta fundamental el compromiso político, por la emancipación, por la autonomía política de los sectores subalternos, para garantizar la satisfacción plena de sus necesidades vitales. Es decir, está dialéctica de teoría/práctica, tiene su síntesis en la necesaria praxis socio-ética-política del Trabajo Social, que contribuya a la superación de las desigualdades.

No puede haber otro horizonte que la búsqueda plena de la dignidad del ser humano. Pero esto no puede hacerse ni desde los relatos voluntaristas, ni del mesianismo conservador y tecnocrático, sino con el compromiso político activo en las luchas sociales, en búsqueda de esa anhelada justicia social, igualdad y dignificación del ser humano. Y en esta línea, resulta una paradoja, que se incorporen al léxico habitual conceptos como praxis, transformación o emancipación, sin que –muchas veces– esto no vaya acompañado de un profundo debate y análisis de las condiciones materiales e históricas que permiten explicar las profundas desigualdades e injusticias. O incluso, sin que este análisis se manifieste en un compromiso de acompañamiento en las luchas de las clases oprimidas.

En este sentido, si asumimos el Trabajo Social en clave de un proyecto ético político emancipador, debe abrirse un profundo debate estratégico, en torno a los cambios epistemológicos, teóricos y metodológicos que requiere nuestra profesión. ¿En qué espacios de luchas están los académicos/as y estudiantes de Trabajo Social hoy? ¿Cuál es el conocimiento que tenemos de las prácticas y luchas populares, que nos permita hablar de posibilidades de construcción de un proyecto colectivo de transformaciones a las condiciones de profundas injusticias que hoy evidenciamos?

Tal como señala Marro (2019), las luchas de las clases subalternas nos interpelan, implícitamente, y nos cuestionan, en relación a los significados y la dirección que adquiere la intervención profesional, especialmente en el campo popular. Una intervención que, en lo fundamental, se sigue orientando desde un mesianismo asistencial, de control/inserción social, y más recientemente promoviendo el emprendimiento productivo, muy en coherencia con el proyecto ideológico neoliberal. Por ello, si no somos capaces de leer esto, de comprender las causas estructurales que llevan a las clases populares, a organizarse –incluso a no organizarse– y generar procesos de lu-

chas, la formación no será más que el espacio para la reproducción del proyecto hegemónico, y por tanto, de los intereses de las clases dominantes. Aquí, los conceptos de transformación, emancipación y praxis, pierden todo sentido y coherencia ontológica, epistemológica y política.

La discusión, formación en clave de la filosofía de la praxis para el Trabajo Social, no puede estar por fuera de los debates y análisis en torno a los derechos humanos, más allá de una lectura situada exclusivamente en los hechos vividos durante la tiranía del régimen dictatorial. De la misma forma, la concepción de la praxis, requiere una vinculación orgánica con las luchas sociales, que tienen hoy una fisonomía, una estética y subjetividades, tremendamente complejas en los tiempos neoliberales. Por ello es que,

(...) no se puede ser filósofo, es decir, no se puede tener una concepción de mundo, críticamente coherente sin la conciencia de su historicidad, de la fase de desarrollo que representa y del hecho de que está en contradicción con otras concepciones o con elementos de otras concepciones. La propia concepción del mundo responde a determinados problemas planteados por la realidad, bien determinados y ‘originales’ en su actualidad. (Gramsci, 2008, p. 5)

Con esto Gramsci nos grafica con mucha claridad lo que implica la filosofía de la praxis, en lo que refiere a la necesidad que el propio individuo sea consciente de condición de sujeto histórico, y como esto le confiere una determinada concepción de mundo, que no es otra cosa, que la concepción de mundo del bloque histórico hegemónico.

Ergo, no podemos pretender transformar el mundo sin primero conocer, y conocernos a nosotros mismos. Por ello, nos interpela a comprender cómo el Trabajo Social, en tanto parte orgánica de la estructura, opera en el campo de la superestructura, por medio de la función de intelectuales orgánicos (Vivero, 2021, 2023, 2023). Por eso no podemos ingenuos, porque hoy la educación no es entendida ni asumida como proyecto de formación para transformar la sociedad, sino que como un entrenamiento para cumplir instrumental los fines que son de interés de las estructuras y grupos de poder. Es decir, para cumplir la función de cuadros intelectuales que difunden no solo la visión de mundo del bloque histórico dominante, sino también, para defender sus intereses.

Pero no podemos sucumbir a este escenario casi apocalíptico. Me niego a vivir sin utopías. Me niego a esa indiferencia patológica de la razón neoliberal, porque al decir de Gramsci (2017), la indiferencia es el peso muerto de la historia. Porque, «hay algo que no falla y es la convicción de que —únicamente— los valores del espíritu nos puede salvar de este terremoto que amenaza la condición humana.» (Sábato, 2017, p. 13). Esa convicción es la que debe materializarse en conciencia, en la superación del sentido común.

¿Por qué hablamos de una neo-reconceptualización del Trabajo Social? Porque tenemos la convicción que las condiciones materiales y subjetivas, que ha producido la sociedad neoliberal, nos obliga, nos interpela en términos éticos y políticos, a revisar

nuestros proyectos de formación, y su coherencia con la necesidad de avanzar en cambios estructurales. Hoy tanto la formación, como los procesos de prácticas en los campos de actuación profesional, están capturadas por una *sobre institucionalización*, y en consecuencia, a un quehacer instrumental, y tecno-burocrático.

Por lo tanto, gran parte de los relatos, que parecieran tener sus bases en las corrientes críticas, queda en una retórica, que no necesariamente tiene una correspondencia en una propuesta crítica, en un proyecto que condense la dimensión de la crítica radical. Vale recordar que tanto Antonio Gramsci como Paulo Freire coinciden en la importancia de fortalecer la organización de la sociedad civil, que permita avanzar en procesos participativos, para controlar el poder y generar procesos contrahegemónicos (Vivero, 2022). En la misma línea, estos intelectuales plantearon la necesidad de una formación democrática y democratizadora, una educación para la libertad, la igualdad, la no discriminación y la emancipación social y política.

En consecuencia, con lo que entendemos como filosofía de la praxis, pensar en un proyecto ético-político del Trabajo Social, que surja de esta ruptura epistémica y política que he denominado *neo-reconceptualización*, no solamente debe tener una sólida base teórica de que le dé coherencia a dicho proyecto, sino que debe tener una articulación con las prácticas sociales, una vinculación, un compromiso ético y político con los actores sociales y sus luchas emancipatorias. Significa asumir los desafíos históricos y principios que están a la base de la filosofía de la praxis.

REFERENCIAS

- Aguayo, C., & Salas, F. (2018). La formación de los trabajadores sociales, seis décadas en sus relatos. En *Luces y sombras del Trabajo Social chileno. Memoria desde finales de la década de 1950 al 2000. Identidad profesional, ética, políticas sociales, formación universitaria y derechos humanos* (pp. 137–216). Espacio Editorial.
- Alayón, N. (2016). Recuperando Historia. A 50 años de la reconceptualización. *Debate Público. Reflexión de Trabajo Social*, 149–164.
- Del Villar, M. (2018). *Las asistentes sociales de la Vicaría de la Solidaridad. Una historia profesional (1973-1983). Chile*. Ediciones Universidad Alberto Hurtado.
- Faletto, E. (2009). *De la teoría de la dependencia al proyecto neoliberal: el caso chileno*. Siglo del Hombre Editores CLACSO.
- Freire, P. (2015). *Pedagogía de los sueños posibles*. Siglo XXI.
- Garretón, M. (2016). *Institucionalidad política y actores sociales en Chile del siglo XXI*. LOM Ediciones.
- Gramsci, A. (2008). *Introducción a la filosofía de la praxis*. Editorial Doble J.
- Gramsci, A. (2017). *Odio a los indiferentes*. Editorial Falansterio.
- Marini, R. (1991). *Dialéctica de la dependencia*. Ediciones Era.
- Marro, K. (2019). Interpelando al Trabajo Social desde las luchas y resistencias que brotan de las expresiones de la cuestión social. En *Luchas sociales, sujetos colectivos y Trabajo Social en América Latina*. Puka Editora.
- Moulian, T. (2002). *Chile actual. Anatomía de un mito*. LOM Ediciones.
- Sábato, E. (2017). *La resistencia*. Planeta.

- Vidal, P., Goin, M., Díaz, N., y Vielma, A. (n.d.). Trabajo Social en Chile: reconceptualización, contemporaneidad y algunas tendencias teóricas en curso. En *El Trabajo Social frente a las actuales crisis socio-políticas. Debates para un nuevo proyecto disciplinario*. (pp. 283–319). RIL Editores.
- Vivero, L. (2021). El trabajador social como intelectual orgánico. Análisis a partir de la crisis histórico-política de Chile. *Revista O Social Em Questão*, 24(51), 213–232.
- Vivero, L. (2022). El reposicionamiento del sujeto histórico popular. Una interpelación al Trabajo Social. En *El Trabajo Social frente a las actuales crisis socio-políticas. Debates para un nuevo proyecto disciplinario* (pp. 19–41). RIL Editores.
- Vivero, L. (2023). *Gramsci y la filosofía de la praxis. Aportes para un proyecto ético político del Trabajo Social*. CLACSO/Ediciones UCT.